

Studien zur
romanischen Sprachwissenschaft
und interkulturellen Kommunikation

HERAUSGEGEBEN VON GERD WOTJAK

Marcial Morera

El género gramatical
en español desde el punto
de vista semántico

Band 77

PETER LANG Internationaler Verlag der Wissenschaften

Prólogo

La verdadera semántica, que es la parte fundamental de la lingüística, aunque algunos no lo sepan, no puede seguir ese otro camino que ha ido tomando la lingüística más común, pasando a la visión de las lenguas como retrato de la realidad de las cosas y de todos los demás tipos de realidad imaginables, tanto en el caso de los objetos materiales, como en el de los contenidos del pensamiento. Sin embargo, no lo ha hecho, por culpa de ese prejuicio instintivo que nos lleva a considerar el significado como la representación de “lo real” o de lo que irresponsablemente consideramos como real; es decir, desde lo puramente físico a lo puramente mental o, si se quiere, de la manera en que sentimos eso que tan alegremente llamamos “realidad”, sin pararnos a pensar un poco.

El ser humano “natural” no es capaz de separar lo que considera real —que *no es* necesariamente lo verdaderamente real— de la lengua, del lenguaje, con el que acostumbra hablar de todo. Porque ver las lenguas como objetos primarios o existentes por sí mismos no se corresponde con el sentir común de las personas normales. La ciencia destruye la imagen de la realidad que posee el hombre común. Parménides nos ha parecido siempre un loco cuando lo juzgamos con nuestra experiencia directa de lo que percibimos o consideramos como real: ¿por qué no poseía verdadera existencia el árbol que tenía frente a su casa? Yo recuerdo cómo, siendo estudiantes, nos reíamos mucho de que aquel griego remoto afirmara la *no existencia* de aquel árbol que tenía delante de su casa. Y no solo nos reíamos del pobre Parménides, sino del pobre profesor que nos explicaba cosas que él mismo no creía o no entendía. Como eso era algo que había que aprender, pues estaba en los programas oficiales, nuestro profesor nos explicaba aquellas cosas, y cuando alguno de nosotros le decíamos que el tal Parménides tenía que estar loco, él sonreía, seguramente convencido de que el filósofo griego no andaba en sus cabales. Pero ¿estaba realmente loco Parménides? Y, para colmo, ¿cómo es que teníamos que estudiar aquellas cosas tan fuera de razón? Y así pasaron los años y yo terminé mi bachillerato y más tarde mi carrera universitaria, sin llegar nunca a saber qué era lo que pasaba con aquel griego loco, del que seguía hablándose pese a su evidente locura. Y, andando el tiempo, tuve yo que encontrarme con Parménides cara a cara; con aquel loco griego que decía co-

sas tan fuera de lugar. Vinieron los malos tiempos y yo tuve que emigrar a América, y allí, en Venezuela, me tocó ser profesor de Secundaria en un Liceo, que así llaman allá a los Institutos, y obligado a explicar las asignaturas de Humanidades que me asignaban cada año. Normalmente se trataba de Gramática o de Historia del Arte, pero un día, bueno o malo, me tocó explicar Filosofía. Algo de lo que yo no sabía nada, como suele ocurrirle a muchos profesores, si no a todos. Y, para colmo, en el tema primero se encontraba aquel dichoso Parménides, el loco del que nos hablaba nuestro viejo profesor de filosofía, convencido siempre de que se trataba de un orate cuyas extrañas ideas había que explicar, pese a que a nadie le cabía en la cabeza aquello de que el árbol que tenía frente a su casa no existiera realmente. Muchas noches de angustia precedieron al día que me tocó explicar aquel disparate. Y, ¿qué hice? Pues me puse a pensar: si aquel señor Parménides era tan importante que también fuera de España había que explicarlo, tenía que ser porque tenía alguna relevancia o porque acaso lo que sucedía realmente es que ni nosotros ni nuestro antiguo maestro habíamos sido capaces de explicar cosas tan extrañas. La noche que precedió a la temida hora de clase me la pasé dándole vueltas no al qué, sino al cómo explicar aquel disparate sin que mis revoltosos alumnos no se partieran de risa o me pusieran en apuros buscando una explicación a lo inexplicable, pues eso de que el árbol que tenía el buen Parménides delante no existiera, no me parecía una broma y sabía, además, que aquellos alumnos revoltosos iban a armarme algún pitote. Y pensé, pensé toda la noche, hasta que llegó la mañana fatal y yo me fui al Liceo Briceño Méndez como un alma en pena, pero convencido de que había que satisfacer la atención de los alumnos para que no llegara yo a quedar mal y me fueran a echar de mi empleo, pues a los extranjeros no se les trataba con demasiadas contemplaciones. Y pensé, pensé. Pensaba que aquel señor griego, Parménides, no podía estar loco, porque de lo contrario no lo incluirían en los programas, no solo en los españoles, sino tampoco en los de otros países. ¿No sería que lo que decía Parménides no era una tontería, sino que nosotros, los alumnos alegres y divertidos no lo habíamos entendido, o, peor aún, que nuestro antiguo profesor de filosofía tampoco tenía ni la más vaga idea de lo que pensaba el buen Parménides? Y entonces, ante la posibilidad de que la clase se me disparara y empezaran las burlas, tomé la decisión de contarles a mis alumnos cómo había sido yo también víctima de las locuras de aquel griego ilustre. Y

eso hice. Les conté a mis alumnos que un profesor que habíamos tenido nos contaba aquello y que nosotros nos burlábamos de él, diciéndole que aquel filósofo era un loco o un pendejo, como se decía allá. Y así, en cuanto me puse a contar las cosas de Parménides y cómo nadie se lo podía tomar en serio, caí de pronto en la cuenta que no se puede pasar a la Historia y alcanzar tanta fama por haber dicho una estupidez. Y mis alumnos callaban y prestaban mucha atención: ¿era o no un disparate lo que decía Parménides? Y todos estuvieron de acuerdo conmigo. Aquello, o era un disparate o no lo habíamos sabido entender, pues ¿qué quería decir eso de que el árbol que había frente a su casa no existiera? Pues, como es evidente, ese árbol no existía: lo que existe es *el árbol*, el ente o palabra, que solo puede ser igual a sí misma. Parménides había descubierto la teoría, la visión teórica que es capaz, a través de la palabra, de distinguir **LO QUE ES DE LO QUE NO ES**, que no son más que las infinitas manifestaciones de lo que realmente es. Era evidente que el árbol que estaba frente a la ventana de Parménides “no era”; no tenía la identidad del ser, esa identidad que *hace de la palabra la verdad de la palabra misma*. Por eso es vano el diccionario; porque olvida que *dar*, por ejemplo, no son todas las cosas que aparecen en el diccionario, sino solamente **DAR** y eso puede abarcar infinitos objetos de la experiencia cotidiana. La palabra solo se nombra a sí misma y cuando se usa para nombrar cosas concretas les comunica su propia esencia significativa. Por eso “producir fiebre” no es ni puede ser lo mismo que “dar fiebre”, y mientras que eso no se aprenda no se entenderá nunca qué es el significado de una palabra o de una expresión cualquiera, sino que se perseverará en la confusión absoluta de los diccionarios, que sin duda son útiles, pero no para entender la lengua, sino para entender las variedades especializadas de determinados usos concretos de una lengua.

Una palabra, un morfema, una expresión o un texto solo tienen un significado; es decir, una identidad absoluta, de la misma manera que el famoso árbol de Parménides. Y que no se diga que decir eso es no decir nada: el árbol de Parménides es el único que existe, al margen de todos los objetos que decidamos entender como árboles, sea el árbol de levas de un motor o el árbol genealógico de una familia que se sienta importante. El significado es la identidad absoluta de toda palabra, morfema o texto, y nunca variará, pues solo las interpretaciones pueden variar eternamente. Es la razón por la que se puede entender Hamlet con independencia de lo que miles y miles de estudiosos

hayan querido ver en él. Y, en fin, por eso el género gramatical del español, es siempre lo mismo, pese a que, como el árbol de Parménides, pueda parecer una cosa diferente en cada uno de los usos o en cada situación. Y al género, que es lo que ahora nos interesa, le pasa exactamente lo mismo que al árbol de Parménides. Unos dicen que significa el sexo de las personas o animales, como en *el niño / la niña* o en *el gato / la gata*. Otros piensan que también significa la dimensión, como en *cesto / cesta* o en *el ramo / la rama* o en *el rano / la rana*, etc. Pero todos sabemos que *vaca* no es el femenino de *toro*, ni *yegua* el de *caballo*. Para Bello, el género es “la clase a la que pertenece el sustantivo, según la terminación del adjetivo con que se construye, cuando este tiene dos en cada número”, una definición sintáctica que solo atiende a la distribución, de manera que si hubiera tres terminaciones adjetivas que se construyeran con determinadas clases de sustantivos, habría tres géneros en esa lengua o, si por el contrario, no hay ninguna clase de sustantivos que exijan terminaciones particulares en el adjetivo, como sucede en inglés, no habrá género en esa lengua. Una definición formal hecha con intención pedagógica, pero que no logra explicar qué significa el género en las lenguas que lo tienen, como el español en nuestro caso, sino dónde y cómo se encuentra. Lo que hizo Bello fue desembarazarse de las complicaciones semánticas que hay en el significado del género. **Él no nos dice qué es; sino dónde está.** Pero Morera no quiere conformarse con esta simplificación sintáctica y acude a un análisis semántico del género en español que no se base solo en la sintaxis, ni en el sexo, ni en la dimensión... Lo suyo es identificar científicamente el género, al margen de toda clase de trucos sencillos y elementales como el sexo, la dimensión o la concordancia gramatical, etc., etc. El género no es una cosa que exista en la naturaleza, sino en algunas lenguas y solo como partes constitutivas de ellas. El género no es un objeto absoluto.

Lo que Morera trata de aclarar de una vez para siempre es que el género no es un procedimiento gramatical polisémico, que signifique ‘macho’ / ‘hembra’, en usos casos, ‘grande’ / ‘pequeño’, en otros, ‘árbol’ / ‘fruto de ese árbol’, en otros, etc., etc., ni un procedimiento gramatical vacío de significación lingüística. El valor del género es, por el contrario, estrictamente formal y no depende de los sentidos contextuales que sugiere su uso. Para este estudioso, el problema está en encontrar su valor invariante en español, su valor auténtico y constante, al margen de lo anecdótico de sus múltiples valores

contextuales concretos. El análisis semántico debe buscar los valores precisos de una o de varias unidades, al margen de lo que parezcan a primera vista en tales o cuales usos concretos. Para Morera —y para cualquiera que piense— está claro que hemos estado definiendo el género gramatical del español basándonos en sus más diversos sentidos contextuales y dejando de lado la rigurosa ordenación fundamental de la materia lingüística que, para ser inteligible, no puede poseer más que un orden constante e inmutable. Recordemos a Saussure, que ya había dejado claro que una lengua es *forma* y no *sustancia*; es decir, ley ordenada rigurosamente, y no mero caos difuso y sin límites precisos. Los límites de las unidades semánticas —las unidades de una lengua— solo pueden ser absolutamente precisos. Tal es el requisito fundamental de cualquier lengua: la aparente imprecisión solo existe en la visión intelectual y subjetiva de los usuarios; nunca en la lengua misma, que sería en tal caso, incomprendible y que no serviría para nada.

En la tradición lingüística ha dominado con mayor o menor fuerza el imperio de la razón y, por tanto, la búsqueda de las “reglas” que siguen las diversas lenguas —el orden riguroso—, pues no cabría imaginar un lenguaje en que no existieran reglas o principios de ninguna clase. Si no hay reglas, solo hay caos y una teoría debe tratar de evitar el desorden buscando los elementos constantes, que son los “componentes invariantes”, es decir, inmutables, de las lenguas. Es cierto que no se han descubierto jamás todas las invariantes de una lengua dada, pero no se puede dudar de que la tarea del gramático, del lingüista, solo puede ser esa, aunque es probable que jamás alcancemos a abarcar la complejidad absoluta de todos los fenómenos del lenguaje. En el caso presente, Morera ha sometido a un severo análisis el estudio del género en español y ha ido descubriendo nuevas reglas invariantes o constantes que no habían sido observadas adecuadamente antes. Tal es el destino de las ciencias humanas —y la lingüística lo es— y por esto el camino del saber y del averiguar no termina jamás, porque nos hallamos ante un universo vivo o cambiante, tanto en el aspecto de las ciencias humanas, como en de las físico-matemáticas. Cada cosa, cada manera de ser el mundo, cada variación en el comportamiento de los acontecimientos que nos rodean, no obliga perentoriamente a intentar explicarnos sus causas y las reglas con que se han movido. Porque la diversidad de las cosas es infinita y no son iguales las cosas miradas desde una lengua que desde otra, o miradas desde un punto de vista o